



CRISTÓBAL COLÓN Y LA REVELACIÓN DEL ENIGMA

Baltasar Porcel en el Prólogo

Este libro de Gabriel Verd podrá provocar en el lector muchos y hasta muy contrapuestos sentimientos. Pero uno, sobre todo, será el decisivo, el que subsistirá por encima de los demás: el del asombro, del apasionamiento. *Cristóbal Colón y la revelación del enigma* es una obra destinada a levantar la polémica, o, mejor dicho, a situar el lector ante expectantes disyuntivas.

Se trata, en resumen, de que Gabriel Verd, un acendrado mallorquín, sostiene que Cristóbal Colón era también mallorquín. La idea no es nueva, y el mismo Verd nos comunica sus antecedentes. Pero el acopio de datos e interpretaciones con que la reviste convierten el libro en el más obsesivo y engalanado heraldo de la propuesta. La cual, para Gabriel Verd, constituye una inapelable certeza.

Por sí solo, este aspecto ya confiere un singular papel al libro, lo convierte en imprescindible en el momento de enfrentarnos con el empecinado misterio de la patria del gran navegante y pésimo matemático. Cuyo nombre, evidentemente, ya no será para Verd el de Colón, sino el de Colom, un catalanizado Cristófol Colom. Si en la portada ha mantenido el nombre tradicional, se debe a su respeto hacia las formas establecidas por la cultura. Pero Colón es Colom, o Colom es por fin Colom, a lo largo de su obra.

Resumiendo la infinita cantidad de vericuetos que sigue Gabriel Verd, de noticias que reconsidera, su tesis estriba en que Colón nació en la alquería de Son Ramonet, conocida por Terra Roja, traducción vulgar de la culta Terra Rubra del alumbramiento colombino, en las inmediaciones de Felanitx, hijo que sería de unos furtivos amores del Príncipe de Viana, prisionero en el vecino Castillo de Santueri, y de una chica de dicha alquería, llamada Margarita. Margalida, en mallorquín.

A partir de ahí, Gabriel Verd va componiendo un cuadro en el que teóricamente encajan mil y un detalles de la vida del Almirante, desde una isla a la que bautizó como Margalida hasta algo tan decisivo como que denominó San Salvador a la primera tierra que descubrió, y es -sería- que desde las pardas casas de Terra Roja el más importante hito panorámico que se divisa es el monte de Sant Salvador, atalaya de Felanitx.

Pero Verd va mucho más allá. Remueve con fervor los papeles del Almirante en vida y los que sucedieron a su muerte. Su investigación resulta incansable. Esboza las condiciones de la Mallorca a finales de la Edad Media, con su espléndida escuela cartográfica, como caldo de cultivo en el que Colón pudo conocer artes e hipótesis de la navegación. Incluye el personaje entre los más vivos avatares políticosociales de la época, enfoca sus relaciones con los Reyes Católicos y su andadura en las costas vírgenes como sucesivos rincones a iluminar... Se suceden las citas, las afirmaciones, las recopilaciones, de todo cuanto de cerca o de lejos pueda acompañar o probar la tesis de Gabriel Verd.

Cristóbal Colón, visionario y misterioso, ha constituido uno de los más persistentes hechizos históricos. Gabriel Verd ha sucumbido gozoso a él. Magnetizado por aquel hombre que soñó en llegar a Catay, en abrir un nuevo camino hasta la China, se propuso un día desbrozar el sendero mallorquín que podía conducirnos a los orígenes colombinos. Ver no es un historiador, sino un investigador autodidacta y monotemático. Quiero decir que acusa defectos metodológicos, que acepta versiones tópicas de determinados personajes y acontecimientos, que etcétera. Pero estas cuestiones quedan, en cierta manera, al margen de la cuestión que nos ocupa: Cristófol Colom.

Es la presente una monografía en la que todo ha sido dispuesto alrededor de la hipótesis central. Por tanto, es con referencia a ésta que debemos juzgar la generosa y reiterada labor de Gabriel Verd. Hipótesis en la que, me apresuro a decirlo, todo cuadra, por inverosímil que de antemano parezca. Piedra a piedra, es levantado el castillo de la mallorquinidad del Almirante. Y esto es así porque los datos realmente lo permiten y porque Gabriel Verd, movido por su obsesionada convicción, así pretende que sea.

Sobre esta peligrosa cuerda floja se mueve *Cristóbal Colón y la revelación del enigma*. Colón pudo ser el que Gabriel Verd imagina. Probablemente nunca sabremos si en verdad lo fue. Lo cierto es que la tesis del origen genovés de Colón, para ceñirme a la más aceptada, no aparece ya como más sólida que la mallorquina. Mejor dicho, deja incluso más cabos sueltos. Los rastreos de Verd lo patentizan, en la línea de muchos de los más exigentes investigadores del pasado del Descubridor del Nuevo Mundo.

Esta edición del trabajo de Gabriel Verd es la segunda. La primera se llamó *Recopilación del enigma de Don Cristóbal Colom*. Ahora ya ha bautizado su obra como la “revelación del enigma”. Lo que demuestra cuánto ha crecido en su propio espíritu la convicción en su creencia. Gabriel Verd, en esto, se parece al propio Almirante, cuya fe en su proyecto superaba la feroz incógnita de la Mar Tenebrosa que tenía delante y las dudas de los hombres. Gabriel Verd labora bajo un síndrome colombiano típico.

Lo que no sólo es bueno para su libro, sino que lo ha permitido. Sin un tal estado de digamos gracia, Gabriel Verd no hubiera sido capaz de hacer lo que ha hecho: dedicar su vida y sus afanes a su causa. Como un erudito o un arqueólogo decimonónico, se ha despojado de cuanto pudiera frenarle y desviarle, para acercarse cada vez más a su meta ideal. Esta nueva edición de su libro ha sido repastada, se nutre de decisivos añadidos respecto de la anterior. Cristóbal Colón es más su Cristófol Colom, vaya...

Mallorca y hasta España deben agradecerle a Gabriel Verd su honesta cruzada nacional-colombina. Su substancial aportación a unos estudios o a unas especulaciones, como se quiera. Porque, como ocurre en todo y en contra de una lógica sólo elemental, aquí también la paradoja confiere unidad: lo que un historiador profesional nunca haría por hábito de prudencia impuesto por las fronteras y la relatividad que envuelven siempre el saber, un autodidacta lo hace porque su motor y sus reglas son precisamente las que crean y moldean la naturaleza de su entusiasmo. Así, Gabriel Verd a causa de sus condicionamientos puede llegar más lejos, o al menos intentar hacerlo, que un académico.

Se acerca el famoso Quinto Centenario. El planeta Tierra es otro desde el descubrimiento colombino. España, evidentemente, tiene que elevar su voz, la primera o la segunda de cuantas lo hagan en el evento. Mallorca deberá sumarse a ello por razones obvias, comenzando por la de Junípero Serra, uno de los grandes continuadores en la gesta de roturación de aquel sensacional continente.

Bien: es entonces, es en este marco malloquín y en el general, donde el fervoroso trabajo de Gabriel Verd deberá ser tenido en cuenta, apreciado, situado en el lugar que le corresponda. Trabajo que tampoco finalizará aquí. Las investigaciones de Gabriel Verd continuarán. Y si hasta hoy nos han dado ya este libro, ¿qué no cabrá esperar de ellas mañana?

BALTASAR PORCEL

Escritor

Barcelona, 15 de febrero de 1986